

de un patio rectangular: este patio no tiene más que una entrada por la vía pública; está ocupado en su centro por un jardín abierto para todos los inquilinos; cada casa tiene varios pisos en su altura, á fin de sacar buen partido del terreno y de los gastos de cimiento y techo. La extensión y la disposición de estas habitaciones, varía en una misma casa y de una casa á otra; de suerte que cada familia puede encontrar lo que convenga á su posición social. Atrás de cada casa está un pequeño patio ó grande azotehuela en donde se instalan los comunes, fregaderos, lavaderos, etc. Estúdiense con cuidado la parte relativa á los sistemas económicos de calefacción, ventilación y alumbrado que convenga aplicar á estas casas.

Hay otro punto muy interesante, y acerca del cual mucho tendríamos que decir: los DORMITORIOS DE OBREROS NÓMADES. Estos dormitorios consisten en vastas salas de diversas dimensiones; compartimientos cerrados por tabiques en tres de sus lados, y por una reja en el cuarto, aislan las camas y dan á cada individuo el lugar necesario para colocar su ropa ó maleta. Los tabiques se levantarán á unos dos metros de altura, de suerte que el aire de cada celda se renueve con facilidad: cada sala se alumbrará en dos de sus caras opuestas: las corrientes de aire se establecerán de día. Un aparato especial dará amplia ventilación durante toda la noche.

II.—CASAS DE CAMPO.

Las casas de campo sirven para la expansión de la vida; para los goces libres con la familia, huyendo de las ciudades por los rigores del Estío. Desde la antigüedad se usaron estas casas, como lo aseguran Cicerón, Horacio, Plinio, el emperador Adriano y Diocleciano; testificándolo asimismo en no muy remotos tiempos, Francisco I, Luis XIV, el gran Condé, Boileau, Colbert, Voltaire, Napoleón y Luis Felipe.

Las relaciones que se observan entre la distribución interior y las circunstancias del exterior, son, en efecto, de importancia distinta á las formas de los edificios. Colocada la habita-

ción frente á la naturaleza, queremos gozar de sus beneficios; y ante todo debemos ajustarnos á sus condiciones y disponer los planos de modo de sacar partido de todas las ventajas del lugar. Preocupémonos de los puntos de vista, de los horizontes; de dar á tal sala vista hacia el mar, si la casa está en sus orillas; ó bien hacia los campos, sucediéndole otra de horizonte limitado. Hagamos que, por donde quiera, todas las oposiciones se dispongan con arte, no abusando de los puntos de preferencia. El agua y la vegetación se asociarán á la arquitectura, embelleciéndola con sus encantos, y comunicándole, por decirlo así, el movimiento y la vida. Por último, si la mayor parte de la casa está dispuesta para fiestas, dispondremos lugares apartados del bullicio, bien para el sueño ó para el estudio: este es un punto muy esencial é interesante, sobre todo para los hombres que saben sacar excelente partido de la soledad del campo, para el desarrollo de su inteligencia.

Disposiciones que deben adoptarse.—Ante todo, el lugar: un sitio saludable y bello, terreno fértil, para aprovechar los trabajos agrícolas; lejos de la ciudad, para evitar las importunidades frecuentes, pero siempre próximo al pueblo para proveerse de los recursos necesarios y substraernos del peligro de un aislamiento absoluto en demasía.

Evitaremos establecer la casa en el fondo de un valle; ó en la cima de una colina, á fin de cuidarla de los vientos fuertes; la pondremos en la vertiente suave, que no esté expuesta ni al Norte ni á los vientos dominantes, y á donde la vista sea agradable, el panorama extenso y variado.

Procuremos el paso de aguas corrientes de manantiales superiores: el agua es indispensable para los trabajos del campo y al frescor de las praderas. Tratada con arte, ora aparecerá estancada en anchos depósitos, ora circulará rápida como riachuelo; aquí al aire libre, acullá bajo la espesura de las frondas. Dejando á los jardines regulares de las ciudades ó á los castillos fastuosos, los juegos de agua, que indican mucho artificio, y cuyo ruido fatiga, en nuestra casa de campo sólo tra-

taremos de escuchar el suave murmullo de las pequeñas caídas ó el de las cascadas lejanas.

Preocupémonos, ante todo, de la distribución del edificio, de las exposiciones y de los puntos de vista, más bien que de la regularidad del plano: todo puede conciliarse bien. Hagamos piezas para estío y piezas para invierno: las primeras, al Norte ó al Este; las segundas, perfectamente cerradas, las expondremos al Sur. Abriremos una ó dos salas sobre dos caras opuestas, ó aun sobre tres lados, siendo su aspecto alegre, pudiéndose, á voluntad, recibir ó alejar de allí los rayos del sol.

Si la casa es vasta, dispondremos un vestíbulo de grandes proporciones, que abrace, si se puede, en su altura, al piso bajo y al primero. Cuidémonos de hacer salas reducidas. Además del vestíbulo, distribuiremos en el piso bajo los pórticos, los salones, el comedor, la sala de billar, el baño, las cocinas y dependencias; en el de arriba, dispondremos las recámaras, de suerte que no sean muy numerosas, á fin de que, cuando las necesitemos para otras personas que no sean de la familia, sean dignamente ocupadas, y si tememos llevar al campo los tropiezos y el bullicio que teníamos en la ciudad.

No olvidemos, sobre todo, el lugar reservado para el estudio. Que la biblioteca sea escogida, variada y numerosa, si es posible; no despreciando á las bellas artes. No es dado á todo el mundo poseer cuadros de los grandes maestros y estatuas en mármol ó de bronce; pero podemos contentarnos con buenos grabados, y con yesos que sean copia de lo antiguo ó del arte moderno. A falta de vasos de bronce ó de porcelana, el barro suple y es muy barato.

Tengamos asimismo en cuenta, la belleza y el encanto que debe haber en el jardín: el arte y la naturaleza se hacen valer mutuamente.

La decoración del edificio debe ser precedida por las mismas consideraciones: que sea rica ó sencilla, atendiendo más al interior que al exterior, á fin de no presentar á la vista sino formas llenas de elegancia y distinción. Esto importa mucho

á la alegría de la casa, y hasta cierto punto, á la dignidad del dueño. Puede satisfacerse á esta condición, cualquiera que sea el estado de la fortuna ó el gusto del propietario.

Cualquiera que sea el estilo que adoptemos, conviene evitar las formas frías y severas; que haya libertad y algo de fantasía en la arquitectura. Huyamos de toda apariencia de pesadez y de un aspecto demasiado monumental. Que la silueta general del edificio presente líneas accidentadas y pintorescas; pueden conciliarse con la simetría, que convendrá observar si la construcción es importante; en caso contrario, podemos fácilmente salvar esta dificultad. Dejemos á las habitaciones de la ciudad sus fachadas uniformes, terminadas por una misma línea horizontal,¹ comprendidas bajo un mismo plan; tengamos alas, pabellones en saliente, torreoncillos quizá; y démosles alturas diferentes á las del cuerpo principal del edificio. Que la arquitectura, en una palabra, se ponga en armonía con el panorama que la circunda y que exprese lo que buscamos en la vida del campo: feliz independencia.

Hay que atender igualmente á otras construcciones, tales como caballerizas, cocheras, etc., que dispondremos á cierta distancia de la habitación, pero de manera que se relacionen y se presenten bien como anexos, y que ninguna de las exigencias de la explotación agrícola ó del servicio de los animales, se ponga de manifiesto á la vista de los visitantes; que se agrupen con arte, y que lo pintoresco abunde. Su arquitectura revestirá gran sencillez, presentando francamente todos los detalles de una construcción agreste. Verdad y variedad en las disposiciones generales, empleándose materiales económicos, tales como ladrillos, esquistos, cantos rodados, madera, etc., según los recursos locales.

Por último, las plantaciones acompañarán felizmente al edificio, haciéndolo resaltar con dignidad; descubriéndolo del to-

1. La arquitectura moderna ha introducido en Europa la condición de construir en las calles de las ciudades, las casas á la misma altura; en México no se sigue tal cosa.

do ó cubriéndolo en parte. Si la construcción es importante, y sus principales divisiones están simétricamente distribuidas, convendrá, para satisfacer á las exigencias de la armonía, que el parque presente el mismo carácter, y que las calles de árboles, los macizos regulares, las terrazas de formas geométricas, acompañen á la construcción y se ligen á las grandes líneas de su arquitectura. Cuidémonos de caer en la monotonía y en la sequedad, y que las transiciones hábilmente tratadas nos conduzcan de la composición regular á las formas libres, pintorescas y quebradas del paisaje. Si, al contrario, la habitación tiene formas caprichosas, evitemos toda simetría en las plantaciones, y que por donde quiera el arte trate de disimularse. En suma, que en torno se respire la felicidad y dulzura de la vida de los campos.

Mr. Reynaud cita como ejemplos, á algunos grandes castillos, especialmente del Renacimiento francés, entre otros los de Chenonceaux y de Richelieu. (Véanse.)

PEQUEÑAS CASAS DE CAMPO DEL SIGLO XVII.—Su carácter se marca por las puertas pequeñas, y las ventanas que tienen grandes dimensiones; los materiales de construcción claramente están manifiestos. La asociación de piedras y ladrillos es muy frecuente en la arquitectura de los comienzos del siglo XVII; pareciendo más conveniente en el campo que en la ciudad, por destacarse mejor el tono rojo del ladrillo sobre los fondos verdes del paisaje.

Citaremos el castillo de Maisons, cerca de San Germán, á orillas del Sena, que es rico, monumental y solemne; pertenece á la escuela que llegó á dominar bajo Luis XIV. Débese á Francisco Mansard.

CASTILLOS DEL SIGLO XVIII.—Este siglo construyó en Francia gran número de castillos y de casas de campo. Satisfacen menos que los del siglo anterior desde el punto de vista artístico; pero están más bien distribuidos y son más cómodos. El gusto está en decadencia manifiesta; la arquitectura se resiente del relajamiento de las costumbres; ha perdido el sentimiento de

la dignidad y de la magnitud moral que amenguó considerablemente el fin del reinado de Luis XIV.

Pocos ejemplos dignos pueden ponerse. El maestro Reynaud nos habla de un pequeño castillo construido cerca de Lyon, en la vertiente de una colina, cuyo pie baña el Saona.

Finalmente, los jardines de cierta importancia se exornan de ordinario con ciertos edículos, tales como cenadores, casas para los jardineros, pabellones de descanso, invernáculos y otros.

II.—EDIFICIOS RELIGIOSOS.

Los edificios consagrados á la religión, presentan en su estudio, más que ninguno, interés palpitante y grandes dificultades: agitan las más delicadas cuestiones, y penetran profundamente en la vida de los pueblos. En todas las épocas, el templo ha sido el monumento más importante de la ciudad. Símbolo de la religión que lo ha consagrado, en su torno y bajo su abrigo se agrupan las habitaciones de los ciudadanos; de la misma manera que la sociedad se establece y desarrolla bajo la égida del gran principio en el cual ha puesto su fe. Brillante manifestación domina á la ciudad, la anuncia á lo lejos y determina la expresión más culminante. Tales son el vasto templo de fábrica monumental y los gigantescos pilones de Egipto; la rica pagoda de la India; el templo de mármol levantado en la cumbre de la Acrópolis de Atenas, y los de otras ciudades griegas y romanas; las cúpulas redondeadas y los esbeltos alminares de las mezquitas orientales; las inmensas catedrales de la Edad Media con sus torres elevadas y sus flechas enhiestas. En estos edificios la industria prodiga todos sus tesoros, la ciencia de las construcciones pone en juego todos sus recursos, y la Arquitectura manifiesta todo su poder y se reviste de sus más imponentes caracteres. Mientras la distribución varía con las exigencias de los diferentes cultos, sus formas se armonizan